

países de Europa. Sus proyectos é ideales eran grandes y extensos, sin pararse en pequeñeces. Agente diplomático habilísimo y calculador fino, no echó nunca mano de recursos y habilidades desleales que no le permitian su carácter sincero y noble. Amigo y discípulo confidente de Descartes, amaba y protegía las ciencias y las artes. Estas eminentes cualidades redundaron no obstante en perjuicio de su patria, á la cual amaba sinceramente, pero por desgracia no tanto como á su partido, enemigo de la casa y del dominio de los Oranges.

Para quitar á esta familia el medio mas eficaz de volver al gobierno, abandonó completamente el cuidado del ejército terrestre, fomentando en cambio enérgicamente la marina, que en su concepto era el alma de la nacion y de su poderío y grandeza. Para la defensa por tierra entregóse incondicionalmente á la Francia, sobre todo desde que Carlos II, pariente de los Oranges, y por esta razon expulsado antes por de Witt del territorio de la república, habia subido al trono de Inglaterra, haciendo así de la guerra con los Países Bajos solo una cuestion de tiempo. No se disimulaban los holandeses el peligro formidable con que amenazaba á su libertad é independencia la peligrosa amistad de Luis XIV; pero de Witt, temiendo mas el peligro inmediato de ver restaurados los Oranges en Holanda por las armas inglesas, creyó de mayor urgencia precaverse contra este peligro que contra el mas lejano de parte de Francia. El interés de su partido y el del comercio, tan estrechamente unido al político, pesaban para él mas que la misma patria!

Carlos II aprovechó, en efecto, la aversion que los ingleses tenian á sus rivales los holandeses, entonces tan superiores á ellos en el comercio marítimo, para declararles la guerra á principios de 1665, guerra que ya el año antes habia empezado con hostilidades de parte de los ingleses.

Esta guerra era favorable y no desagradaba á Luis XIV, aliado con ambas potencias beligerantes, estrechamente con los holandeses, y mas laxamente con los ingleses, porque no dejaba de conocer que mas ó menos tarde los dos llegarían á comprender su verdadero interés que estribaba en oponerse á su política de conquista del lado de la Bélgica, y así valia para él mas que se desgarrasen entre sí. Lo único que le incomodó fué que los holandeses, basándose en el tratado de 1662 solicitaran su auxilio, y sobre todo el no poder negárselo, aunque no debia emplearse la fuerza auxiliar tanto contra la Inglaterra directamente, como contra su aliado en el continente el obispo belicoso de Munster Bernardo de Galen. A mas de esta consideracion supo sacar de esta prestacion de auxilio la importante ventaja de hacer sin ostentacion con este pretexto sus vastos preparativos contra España.

Entre tanto, sin embargo, la pequeña Holanda humillaba terriblemente á su enemiga la Inglaterra. El gran marino holandés Ruyter habia entrado con su escuadra en el Támesis, subiendo por este rio, quemando una gran parte de la escuadra inglesa y llevado el terror á la capital. La mala direccion de la guerra exasperó á los ingleses, sobre todo sabiendo que la causa era la escandalosa malversacion de los fondos destinados á ella; pero cuanto mas crecia la irritacion en el pueblo, tanto mas se inclinaban el rey y sus traidores ministros del lado de Luis XIV, que prometió á este soberano, además de una crecida anualidad, los auxilios mas eficaces contra todos sus enemigos del interior y de fuera siempre que no contrariase las empresas que Luis se proponia llevar á cabo. Carlos y sus servidores aceptaron ávidos tan magnífica ganga, que además de la impunidad les proveia de abundantes medios de continuar sus depravadas diversiones. ¿Qué les importaba á ellos la grandeza y el poder de Inglaterra, su patria?

El ministro Lyonne extendia simultáneamente su inmensa y habilísima actividad en otras direcciones impidiendo con las mas hipócritas seguridades de amistad la reconciliacion de España con Portugal, y utilizando despues esta prolongacion de enemistad para inducir el Portugal á celebrar en marzo de 1667 un tratado de alianza por diez años con Francia, en virtud del cual se obligaba el monarca portugués á cambio de una asignacion anual que le pagaria el gobierno francés á declarar la guerra á España siempre que este se la declarase! Vecino de España en la península misma, no era el Portugal, á pesar de su pequeñez relativa, un aliado despreciable, porque podia eventualmente impedir á la España dirigir sus fuerzas fuera del país, á la Bélgica.

Al propio tiempo ratificáronse tratados entre la Francia y el príncipe elector de Maguncia, el duque de Pfalz-Neuburg, Julich y Berg, y el obispo de Munster por los cuales se obligaron estos príncipes soberanos á oponerse al paso de las tropas imperiales por sus respectivos territorios, en caso de que el emperador quisiese socorrer á los Países Bajos. Estos tratados fueron debidos principalmente al oro francés que el hábil Lyonne habia distribuido entre los venales ministros de estos pequeños soberanos.

De esta manera logró la diplomacia del ministro francés, tan hábil como pérfida, aislar completamente los Países Bajos españoles, dejándolos reducidos á sus propias fuerzas, por cierto muy insignificantes. En vano los gobernadores de Bélgica y del Franco Condado habian dado cuenta de lo que pasaba á la corte de Madrid y llamado su atencion sobre los proyectos de la Francia; sus avisos quedaron sin resultado; porque los ministros españoles en su indolencia y debilidad optimistas, se atuvieron á las mentidas seguridades de paz que Luis XIV con ostentosa indignacion de su moralidad ofendida, enviaba á Madrid en el mismo momento en que (en 8 de mayo de 1667) un ejército francés de mas de 60,000 hombres penetraba en la Bélgica. ¡Tras del ejército se envió un manifiesto, en el cual Luis XIV defendia la nulidad de la renuncia de su esposa, y la legalidad del derecho de devolucion, sirviéndose entre otros argumentos, del de la moralidad, tratando de «intemperancia el hecho de contraer segundas nupcias». ¡Bonita razon en boca de un hombre que á la sazón tenia ya varios hijos fuera de su matrimonio! El mejor argumento era sin duda el ejército francés á las órdenes de Turenna.

Aquello no fué una guerra, propiamente hablando, porque allí no tenian los españoles ni guarniciones en las plazas fuertes ni ejército de campaña, de modo que las ciudades principales de la Flandes meridional y del Hainaut fueron ocupadas sin resistencia; ni encontró en toda esta campaña el ejército francés ocasion alguna de distinguirse; mas bien se mostró flojo en los pocos encuentros algo serios que hubo, al mismo tiempo que se hizo odioso en todo el país por sus innumerables latrocinios y excesos brutales. En setiembre ya regresaron las tropas á sus cuarteles de invierno.

Lo que se habia hecho era poco, porque las dificultades principales debian todavía presentarse en las muchas reclamaciones que forzosamente tenia que suscitar el ataque brutal, en plena paz y contra las promesas mas solemnes, de esta posesion española. A pesar de todas las maquinaciones secretas del gobierno francés, habiase firmado la paz entre Inglaterra y Holanda en la ciudad de Breda en julio de 1667, recibiendo la primera la Nueva Amsterdam hoy Nueva York y Nueva Jersey en América, y la segunda Surinam en Asia con muchas y grandes ventajas para su comercio. Con esto levantóse en ambos países, á despecho de sus respectivos gobiernos afrancesados, un grandísimo y siempre creciente

clamoreo, condenando el alevoso ataque de Francia, y llegando á obligar á los respectivos jefes de Witt y Carlos II á concertar un medio para restablecer la paz, atendido que la regente de España, con una decision que la honra, bien que no apoyada con recursos, habia declarado la guerra á Luis XIV, despreciando sus ofrecimientos hipócritas y confiando en el auxilio de Inglaterra, Holanda y el emperador de Alemania.

La diestra diplomacia francesa ganó por la mano á todos sus adversarios buscando un auxiliar cabalmente donde menos se esperaba, es decir, poniendo de su parte al Austria.

El emperador Leopoldo habia hecho real y fielmente todo cuanto estaba en su poder para determinar al imperio alemán á socorrer á la Bélgica, pero sin resultado, á causa de los tratados que diferentes príncipes habian celebrado con Luis XIV. Con razon desanimado, mostróse accesible á las insinuaciones del embajador francés en Viena, Gremonville, persona muy astuta, que le hizo ver que mas ventajas sacaria de una alianza con Francia que siendo su enemigo, pudiendo caberle en parte los correspondientes despojos de la monarquía española. Gremonville supo hacerse apoyar por el ministro del emperador, el príncipe Wenceslao Lobkowitz, el cual abonó el plan del embajador francés y por cierto no por el único motivo de la conviccion de su bondad. Así se realizó entre ambos diplomáticos el tratado del 18 de enero de 1668, en el cual las dos potencias convinieron en repartirse la monarquía española en el caso de que el rey Carlos II muriese sin dejar sucesion; fijando minuciosamente los territorios que tocaria á cada una de las dos partes contratantes, y de paso tambien el modo de restablecer la paz zanjando las cuestiones entonces pendientes en un sentido favorable á las pretensiones francesas; es decir que la Francia se quedaria con una línea de plazas fuertes en el Mediodía de la Bélgica y todo el ducado de Luxemburgo ó bien en su lugar el Franco-Condado.

De este modo hizo traicion Leopoldo I á su pariente español por motivos de interés y á despecho de los repetidos consejos de políticos eminentes. Puede decirse que lo tenia bien merecido cuando quedó tambien engañado por Luis XIV que estaba muy distante de pensar en cumplir lo que prometia, siendo su objeto solo divorciar las dos líneas de los Habsburgos, cosa que le salió por lo pronto á medida de su deseo. Inútil es decir que este tratado quedó secreto, mas no dejaron de conocer los estadistas que dirigian los destinos de Inglaterra y Holanda las cláusulas estipuladas en favor de Francia, y no dejaron de extraviar la opinion pública sobrecitada en sus respectivos países por medio de una farsa que pusieron con mucha solicitud en escena, celebrando en 23 de enero de 1668 entre Inglaterra y los Estados Generales un tratado en el cual entró algo despues tambien la Suecia, y que se conoce por el nombre de triple alianza. Estaba dirigido en apariencia contra la Francia con objeto de obligar á esta potencia á la paz, pero en realidad no se queria obtener la paz conforme la exigian los tratados tan infamemente violados por Luis XIV, sino sobre la base de las exigencias de este rey! Además los aliados se obligaron mutuamente á imponer estas condiciones á España á la fuerza en el caso de que resistiera á dejarse despojar tan indignamente. Los ministros tuvieron luego buen cuidado de presentar esta su obra al rey de Francia bajo su verdadero aspecto, para hacer méritos con él.

El gobernador de la Bélgica española, marqués de Castel-Rodrigo, hombre capaz y enérgico, no quiso someterse á las condiciones de la triple alianza; pero en seguida otro ejército francés acudido por Condé á quien el rey habia perdo-

nado sus pasados yerros, penetró sin previo aviso en el Franco-Condado, cuyos habitantes segun costumbre de la corte francesa habian sido engañados con promesas ilusorias para que se mantuviesen como antes neutrales; de modo que en dos semanas quedó conquistada esta provincia indefensa é indignamente sorprendida. De Witt y Carlos II de Inglaterra fingieron la mayor indignacion, porque así estaba convenido de antemano. Aquel se apresuró á levantar á toda prisa un ejército y éste se hizo dar por el parlamento inglés 300,000 libras esterlinas para la pretendida guerra contra Francia, frotándose alegremente las manos por tan brillante negocio.

En este estado mostróse Luis XIV dispuesto á hacer la paz con la España tan vilmente humillada, pero bajo las condiciones sabidas, y se firmó el despojo el 2 de mayo de 1668 en Aquisgran, porque la triple alianza no dejó al gobierno español con sus amenazas otro camino que el de someterse á las exigencias duras de la Francia. Castel-Rodrigo se vengó de Inglaterra y de Holanda cediendo á la Francia en lugar del Franco Condado, sin ninguna importancia estratégica, todas las fortalezas de la Bélgica meridional, ocupadas ya por tropas francesas, y que daban una ventaja ofensiva terrible á la Francia contra aquellas dos naciones marítimas, figurando en primera línea, entre otras menos importantes, las plazas de Charleroi, Douai, Tournai, Lila, Courtrai y Bergues. Buen cuidado tuvo Luis XIV de no reclamar contra esta variacion tan ventajosa para él, bien que enteramente opuesta á lo convenido con el emperador y la triple alianza.

En posesion ya de lo que deseaba, aprovechó la paz para asegurar sus conquistas, no solo aumentando las defensas materiales de las plazas ganadas, sino atendiendo á los intereses razonables de sus nuevos súbditos para los cuales estableció un tribunal superior en Tournai conforme reclamaban.

Esta guerra tan hábil y felizmente llevada á cabo tanto en su parte diplomática como en la militar, elevó la fama y la influencia del rey de Francia y de su país á grandísima altura en toda la Europa, como puede juzgarse por una relacion que envió el embajador de Venecia á su gobierno y en la cual no encuentra colores bastante vivos para ensalzar á la Francia y á su rey. Dice entre otras cosas: «Ciertamente ha elegido la virtud para su morada á la Francia y no menos cierto es que las ciencias han establecido aquí su nido. Solo aquí puede aprenderse el arte de la guerra, y solo aquí encuentra la religion sus mas sinceros devotos. En este país se encuentra la quinta esencia de la humanidad; aquí hay que venir para encontrar poderío y fuerza. Luis XIV sobrepuja á todos sus predecesores en virtudes heróicas y fortuna, en tanta manera que considerando las dotes y los actos de este gran monarca, se ve en ellos toda la historia de su gran reino, porque de él, y solo de él recibe este su forma, su fuerza y su índole.»

CAPITULO V.

COMPLEMENTO DEL ABSOLUTISMO REGIO. COLBERT Y LOUVOIS

La guerra de devolucion habia puesto la Bélgica española, quitándole sus plazas fuertes mas importantes, á la merced de la Francia, pero no la habia hecho provincia francesa como Luis habia calculado. La opinion pública de Holanda se habia opuesto al logro completo de su intento, lo cual para el rey era una espina clavada en su corazon, á pesar de todos los esfuerzos de los ministros y hombres de Estado de Holanda encaminados á hacerla menos áspera. Sentíase

tanto mas ofendido, cuanto que Holanda debía realmente su recuperada independencia al auxilio de Francia, lo mismo que las ventajosas mercantiles y el apoyo contra la Inglaterra. Otra idea insostenible para el orgullo inmenso de este autócrata era el efecto que los hombres de Estado holandeses como autores de la triple alianza habían producido en la Europa que no conocía el fondo del asunto y solo había visto que los holandeses, conforme se alababan, habían detenido á la Francia en medio de su victoriosa carrera. Lo que mas le escocía era que tales jactancias no eran proferidas por algun poderoso monarca sino por una pequeña república de comerciantes; por lo cual juzgó que los insolentes tenderos merecían un castigo.

A esta oposicion extrema entre las formas políticas de los dos países, el uno monarquía absoluta y el otro república de gente perteneciente á la clase media, se agregaba otro motivo de rencor, y era la gran competencia que el comercio marítimo de Francia que empezaba á desarrollarse, encontraba en el holandés, que no le permitía salir de estrechos límites. Otros motivos que excitaban la ira del rey, por demás intolerante en materia de religion, era el protestantismo de los holandeses; su libertad de imprenta sin freno y su tolerancia en general. Por tanto la ruina de Holanda fué la idea fija del monarca francés desde la paz de Aquisgran. No se hacía ilusiones de conquista ni de exterminio, pero sí quería humillar á aquel pueblo y reducirlo á la impotencia. Tan violenta era su cólera, que apenas firmada aquella paz, quiso ya caer en el mismo año 1668 sobre la república, diciendo que este era el camino único para entrar en Bruselas; pero al fin cedió á las reflexiones de sus ministros y aguardó pacientemente el momento en que la diplomacia sutil de Lyonne hubiese enredado por todos lados al objeto de su venganza, y en que Louvois y Colbert hubiesen reunido los medios materiales suficientes para cualquiera contingencia.

Debe considerarse á Colbert como el verdadero creador de la marina de guerra de Francia, porque él introdujo las matrículas de mar; él aumentó el número de buques de guerra hasta 300, y él redactó una instruccion para la escuadra que para aquella época era una verdadera obra maestra.

No menos talento mostró en la administracion de la hacienda nacional, porque obligado por las continuas guerras que hacia su amo, á contraer empréstitos hasta el importe de 260 millones de libras, supo arreglar las cosas tan bien, con una hábil y paulatina reduccion de intereses, que al final de su administracion no excedían estos de lo que importaban antes de empezar las guerras, es decir, que no pasaban de ocho millones de libras anuales. Aumentó las contribuciones indirectas y las hizo mas productivas para el Estado, arrendando su cobro al mejor postor. Los asenistas sobornaban antes á los ministros con grandes sumas para que hiciesen la vista gorda y rebajasen el tipo del arriendo; pero con Colbert no había medio de concertar semejantes fraudes, tanto que muchas veces el beneficio de estos especuladores era limitadísimo y hasta resultaron salir con pérdida, mientras que el tesoro ganaba. Claro está que estos arrendadores cuando perdían buscaban el medio de resarcirse á expensas de los contribuyentes. El milagro de Colbert de aumentar los ingresos desde 84 á 116 millones de libras fué pagado por el pueblo que sufría, gemía y se desesperaba bajo tan agobiadora carga; las clases trabajadoras eran las que mas angustiadas estaban. Madama de Sevigné menciona en sus cartas un caso de un pobre tendero de cintas en el arrabal de San Marcelo de Paris, el cual, viéndose imposibilitado de dar pan á su familia porque todo lo que ganaba se iba en contribuciones, degolló en su

desesperacion á tres de sus hijos y dijo, cuando le llevaron á la horca, que solo sentía no haber podido matar tambien á su mujer y á otro hijo que ésta había logrado salvar de su furor homicida. En provincias se sucedían los motines y sublevaciones, y en Paris los impedía únicamente el aparato militar imponente que tenía al pueblo sujeto. Estas miserias provocadas por el peso excesivo de las contribuciones son el reverso de la medalla del reinado brillante de Luis XIV, cuyos apologistas tuvieron buen cuidado de no mencionárselas. Colbert era odiado de muerte y con razon, porque su dureza era implacable.

Cuando faltaban en las galeras remeros, se enviaba órden á todos los tribunales del reino para castigar todos los delitos con pena de galeras, en las cuales los infelices sentenciados, amarrados á sus bancos, casi desnudos y mal alimentados, habían de trabajar bajo el rebenque del cómitre sin descanso, noche y dia, sin un momento de solaz durante los años de su condena si era temporal ó toda la vida. Para hacerse bienquistos del rey, los presidentes de los tribunales porfiaban por cuál de ellos proporcionaría mayor número de galeotes á la armada real; y cuando el motin de Boulogne y sus alrededores en 1661 con motivo de las contribuciones excesivas, envió el tribunal de una vez 400 labradores á las galeras adonde llegaron ya casi desnudos, enfermos y diezmados por las fiebres. Dos años despues hubo un levantamiento en la Gascuña contra la contribucion de la sal. Un antiguo soldado capitaneó á los sublevados y resistió diez años. En el Berry, Languedoc y Rosellon hubo iguales desórdenes, que se castigaban con confiscaciones, saqueos verdaderos y sin piedad, ejecuciones capitales y galeras, despues de haber sido menester enviar ejércitos numerosos para sofocar los movimientos. Aunque Colbert seguía el sistema racional de imponer en todas partes las mismas contribuciones, el pueblo tenía evidentemente toda la razon de su parte, pues que con esto Colbert conculcaba leyes y privilegios entonces vigentes.

La poblacion rural era la mas castigada, porque el ministro se empeñaba en favorecer la industria y el comercio, aun á costa y en perjuicio de la agricultura, en la idea de que aquellos eran las fuentes principales de la riqueza del país. Colbert fué el primero que introdujo y planteó en gran escala ese sistema defectuoso, incompleto y manco, llamado sistema mercantil, que ha prevalecido siglo y medio en toda la Europa, y cuyas consecuencias se hacen sentir todavía. En 1667 publicó un nuevo arancel que subía tanto los derechos de entrada sobre géneros extranjeros, que equivalía á una prohibicion completa; y el resultado fué que las otras potencias industriales y mercantiles contestaron con prohibiciones análogas; pero tan grande y brutal era en todo el despotismo de Luis XIV, que cuando el Sumo Pontífice hubo empleado idéntico procedimiento á favor de la industria romana, atacó Luis en 1670 el condado papal de Aviñon, obligando con esto al Papa á anular su disposicion económica en favor de la Francia. No se limitó Colbert á excluir de los mercados franceses los productos de la industria extranjera, sino que prohibió en absoluto la exportacion de primeras materias de su país, á fin de que los fabricantes franceses las pudiesen adquirir á precios mas bajos. Los contraventores incurrian en castigos draconianos. Entre otros artículos rebajóse artificialmente de esta manera y por medio de tarifas especiales el precio del trigo, con grandísimo perjuicio de la agricultura, tanto que muchos labradores abandonaron sus labores que no hallaban recompensa proporcionada, mientras por otro lado el gobierno les exigía crecidísimas contribuciones. ¡Qué distancia entre Colbert y Sully su predecesor, que señalaba el cultivo de la tierra y la cria de ganado como las dos primeras

fuentes de la riqueza nacional! Los informes de todos los intendentes y obispos de aquel tiempo están acordes en pintar la situacion de la poblacion rural, que componía las cuatro quintas partes de la total, como excesivamente miserable, y ni la plantacion de moreras para la cria del gusano de seda ni la introduccion de razas mas perfectas de ganado del extranjero fueron bastantes para contrabalancear tan profundos males. El gobierno gastó grandes sumas para fundar en Francia industrias nuevas, que arrastraron una vida artificial hasta la muerte del ministro, para desaparecer luego de la escena. Pero en general resulta indudable que la industria francesa debe á Colbert una gran parte de su prosperidad. Verdad es que fué un déspota, y como todos los déspotas quiso hacer felices á los hombres contra su voluntad. Sin curarse de las quejas y protestas de los industriales, obligábalos á comprar géneros que no querían; el gobierno se ingería en la fabricacion; prescribía y vigilaba los procedimientos y los productos; si estos últimos no estaban hechos conforme había prescrito, los mandaba colgar de la horca juntamente con el nombre del fabricante y quemar despues; y en 1673 publicó un edicto que imponía la pena capital á los que hicieran quiebra fraudulenta.

Con mejor éxito recompensó el comercio marítimo francés la solicitud del gobierno, que realmente fué grandiosa. Cada nuevo buque que se construía en los astilleros franceses recibía un premio de 100 sueldos por tonelada, y los comprados en el extranjero cuatro libras por tonelada. Los buques extranjeros pagaban, tanto á su entrada como á su salida de puertos franceses, un derecho de 50 sueldos por tonelada. Antes de la introduccion de estas medidas y antes de Colbert excedía ya la exportacion á la importacion en 40 millones de libras, pero el transporte se realizaba casi exclusivamente en buques holandeses, que tambien hacían el servicio entre la Francia y sus colonias. Las citadas disposiciones de Colbert cambiaron pronto este estado anómalo, abriendo nuevos horizontes á los navieros franceses. Estos se animaron, y hasta el comercio de Marsella con Levante, la India de los provenzales, resucitó á nueva vida; la marina mercante francesa se elevó á la tercera en importancia; Rochefort se hizo excelente puerto mercante; el de Brest fué transformado en puerto de guerra sin igual por su seguridad y extension; y por medio de hábiles tratados quitó el gobierno al inglés el privilegio exclusivo del comercio con Portugal.

La tendencia de Colbert á fomentar el tráfico haciendo intervenir directamente el Estado, le condujo á la concesion de monopolios, que aplicó naturalmente tambien al comercio ultramarino, concediéndolos á compañías subvencionadas por el gobierno. Una de estas, la de las Indias occidentales, obtuvo el derecho exclusivo del comercio con América; y para la fundacion de otra, llamada de las Indias orientales, invitó en 1664 á los tribunales y municipalidades urbanas á interesarse en la empresa. Viendo luego que no lo hacían de grado, obligóles á hacerlo por fuerza, mientras que la corona ó sea el Estado, contribuía por su parte con tres millones de libras bajo la forma de un préstamo sin interés. Destinó para centro de operaciones de esta nueva sociedad mercantil la isla de Madagascar, que á este efecto debía colonizarse; y por igual sistema creáronse otras compañías análogas, llamadas del Norte, del Levante, del Senegal y de los Pirineos. Casi todas estas empresas naufragaron á los pocos años de haber nacido, á consecuencia de la intervencion demasiado reglamentada é inflexible del gobierno, de la necesidad de querer introducir en lejanos países incultos los usos del comercio de Paris, de la poca inclinacion á emigrar y menor habilidad de los franceses para colonizar otros países, y tambien por la codicia y los fraudes de los empleados. El per-

juicio colosal que causaron al tesoro tantas empresas malogradas no quita nada al mérito, ni á la asiduidad admirable de Colbert, que no obstante tantos descabros hizo á su país dueño de mas colonias y posesiones ultramarinas que ningun otro. Algunos tenían posesiones mas florecientes, pero en superficie colonial era la Francia el primer país (1). Este estado cambió despues cuando la Inglaterra se elevó bajo este concepto al primer puesto, dejando á la Francia muy atrás; pero el hecho es que á la muerte de Colbert pertenecían á su país en el continente norte americano el Canadá con 10,000 europeos, la Luisiana, es decir la cuenca del Mississippi; luego las pequeñas Antillas llamadas Santa Cruz, San Martin, San Bartolomé, San Cristóbal, la Guadalupe, La Dominica, La Martinica, Santa Lucía, San Vicente, Tabago y una parte de Haiti; y en la América del Sur la Guyana. En el Noroeste de Africa poseía una region vasta y en las Indias orientales á Pondichery y Chandernagor. Casi será ocioso hacer aquí presente que en aquel tiempo se explotaban las posesiones ultramarinas tanto por la Francia como por las demás potencias coloniales únicas y exclusivamente en beneficio de la madre patria. En las colonias solo podían comprar, embarcar y llevar á Francia los productos del país los buques franceses, si las colonias eran francesas, y sus habitantes no podían comprar en cambio otros productos mas que los que iban de Francia en buques de esta nacion. Es innegable que con esto debió tomar un vuelo colosal la marina francesa.

Elogios grandes é incondicionales merecen los esfuerzos de Colbert para facilitar y mejorar los medios de transporte y las comunicaciones. A Colbert cupo la gloria de realizar la obra mas grande y mas popular de todo el reinado de Luis XIV, obra proyectada ya en tiempo de Francisco I y siempre diferida ó abandonada á causa de las grandes dificultades que ofrecía. Hablamos del gran canal que pone en comunicacion el océano Atlántico con el Mediterráneo, llamado tambien del Mediodía ó del Languedoc y que aprovecha hasta donde es posible la corriente del Garona. En 1664 dióse principio á los trabajos preparatorios bajo la direccion de Riquet, ingeniero inteligente y práctico; y en 1667 se colocó la primera piedra de la primera esclusa, conmemorando este suceso con la acuñacion de una medalla con el busto de Luis XIV y la arrogante leyenda:

Undarum terraque potens, atque arbiter orbis.

Hubo muchos momentos de desaliento para Colbert y Riquet por las dificultades topográficas que hubo que vencer y que prolongaron la duracion de las obras aumentando los gastos muchísimo mas de lo que se había calculado, pues llegó á costar el canal 17 millones de libras, próximamente 102 millones de pesetas. Riquet murió sin ver su obra concluida, pero Colbert se mantuvo firme, y en 19 de mayo de 1681 tuvo la satisfaccion de inaugurar el canal con grandes solemnidades. No realizó á la verdad las esperanzas quiméricas que había hecho nacer el proyecto, como la de desviar del Estrecho de Gibraltar el comercio marítimo y hacerle pasar por Francia, porque para admitir buques de alto bordo era pequeño el canal, y darle mayores dimensiones habría exigido sumas imposibles de arbitrar; pero el comercio, la industria y la agricultura de las provincias del Sudoeste de Francia le deben una grandísima parte de su prosperidad.

Incansable estuvo Colbert en la construccion de calzadas y carreteras, que entonces en Francia, como en los demás

(1) Despues de la España que tenía la mayor parte de la América y vastas posesiones en la Oceanía. (N. del T.)